

LA VIDA COTIDIANA DE LOS AZTECAS

Ignacio BERNAL

ES RARO TENER la oportunidad de reseñar un libro tan excelente como la última obra de Jacques Soustelle.* Se trata de una obra de vulgarización, pero que nada tiene de “vulgar”. Soustelle ha escrito un excelente resumen del mundo azteca, en un lenguaje claro, dirigido a un público culto, pero amplio; un resumen hecho por quien reúne cualidades que es difícil encontrar reunidas: una vasta erudición, una inteligencia superior, un don de síntesis y el sentido de ser ameno y fácilmente legible. Y no es esto todo. No se trata de un acopio de datos más o menos bien ordenados, pero sin originalidad, como ocurre en la mayor parte de las obras de divulgación; por el contrario, encontramos en cada página ideas personales —siempre apoyadas en los documentos—, nuevas maneras de ver un problema o una situación. Menciono al azar la conclusión de un párrafo de la p. 21: “De aquí la tendencia a pensar que a los aztecas les tocaba hacer la guerra y a los otros pueblos trabajar para ellos”; o bien la interesante idea sobre la “educación obligatoria y universal” en la p. 203; o su exposición del “contrato de tributo”, base del imperalismo azteca (p. 109); o bien el contraste entre artesanos y comerciantes: “la clase de los comerciantes es dinámica, la de los artesanos es estática...” (p. 96). Apreciaciones luminosas como éstas se encuentran a todo lo largo del libro; si no menciono otras es para dejar al lector el placer de descubrirlas.

Soustelle no se deja llevar por ninguna escuela, no permite que ningún dogmatismo oscurezca su pensamiento o altere

* Jacques SOUSTELLE, *La vie quotidienne des Aztèques à la veille de la conquête espagnole*. Librairie Hachette, Paris, 1955; 318 pp. + 1 mapa y 8 ilustr.

la valoración de los datos disponibles. De aquí que su libro sea absolutamente sincero, válido, aun cuando no siempre estemos de acuerdo con sus conclusiones.

En términos generales, podría decirse que Soustelle es un etnógrafo "funcionalista", pues se interesa más en describir una situación dada que en buscar sus antecedentes históricos. Esta etiqueta, sin embargo, es arbitraria como todas; de hecho, la obra menciona a menudo los antecedentes históricos.

Me voy a extender en algunos puntos acerca de los cuales no pienso exactamente como Soustelle. No se crea por eso que estoy en general opuesto a sus ideas. Lejos de ello; sólo he querido amenizar la reseña haciendo lo que dijo Voltaire: "surtout tâchons de n'être pas toujours d'accord".

La obra empieza con una introducción breve, pero por demás jugosa, que merece algunos comentarios. En realidad no creo que en el siglo xn, a la caída de Tula, "empiece el vasto movimiento de migración" de los bárbaros. Había comenzado mucho antes: precisamente el imperio tolteca es una de sus consecuencias, aunque más tarde fuera víctima de otras emigraciones bárbaras. Por otro lado, me parece muy probable que las chinampas a manera de las de Xochimilco ya existieran desde tiempos bastante remotos, y seguramente antes de la instalación de los aztecas en Tenochtitlan.

Voy a traducir y luego a comentar algunos párrafos, porque ponen de manifiesto la orientación de la obra y sugieren el punto de vista de Soustelle sobre los aztecas.

P. 18: "Para no caer ni en el anacronismo ni en la confusión, tenemos que limitarnos, tanto en el espacio como en el tiempo. Lo que vamos a describir es antes que nada la vida urbana, la de los habitantes de México-Tenochtitlan. Sin embargo, como había una evidente unidad cultural entre esa ciudad y algunas ciudades vecinas, especialmente Tezcoco, situada en tierra firme a orillas del gran lago, no hay ningún inconveniente en aprovechar también las fuentes históricas de Tezcoco, así como en aprovechar eventualmente ciertos elementos de nuestra descripción de Xochimilco, Chalco, Cuauh-titlán, etc."

P. 59: "Por cierto, la evolución de los hombres y de las cosas había sido prodigiosamente rápida en tan poco tiempo, acelerada sin duda por el dinamismo de un pueblo nuevo, convertido en poseedor de una rica herencia cultural."

P. 202: "El origen de esas contradicciones debe buscarse en la superposición y la mezcla de culturas diferentes —la de los toltecas, transmitida por los sedentarios del Valle, la de las tribus nómadas de las cuales formaban parte los aztecas—, que concurrieron a formar la civilización mexicana, tal como era en la época del descubrimiento."

Pp. 20 y 22: "El Imperio [azteca] es un mosaico de ciudades. Tal como era, su existencia influía necesariamente en la ciudad dominante y modificaba las condiciones de vida. Ya sea por tributo, ya por el comercio, los productos de todas las provincias aflúan a México. . . Era inevitable que las costumbres y las creencias de tan diversos pueblos influyeran en la tribu dominante. . ."

P. 15: "Nadie, en tan humildes principios, hubiera podido discernir el origen de un imperio; nadie, excepto los «portadores de Dios», los sacerdotes-guerreros que habían llevado a Huitzilopochtli durante la migración, que transmitían al pueblo sus oráculos y tenían fe en su promesa de dominio. Fueron el primer núcleo de la clase dirigente que debía llevar a los mexica, menos de doscientos años más tarde, a la cima del poder."

P. 120: "Organismo social y político complejo, donde múltiples fuerzas se movían para transformarla, la ciudad mexicana del siglo xvi difería profundamente de la tribu errante que en 1325 había escogido como refugio algunos islotes en medio de los cañaverales. Esta diferencia no consistía sólo en la cantidad —de habitantes, territorios, recursos—, sino también en la calidad; la ciudad no era una tribu venida a más; era ya otra cosa: un Estado lanzado en una carrera de expansión, una sociedad que se diversificaba, donde empezaban a brotar antagonismos, donde el régimen de propiedad se modificaba, donde los funcionarios públicos y la riqueza comenzaban a luchar veladamente. Pero, ocultando esa complejidad y ci-

mentando los elementos diversos de la sociedad con un vigor extraordinario, la religión, viva, dominante, indiscutida, imponía a todos una visión común del mundo y ordenaba, por los ritos, la existencia de todos.”

P. 252: “Los aztecas y sus vecinos tenían conciencia de encontrarse, por el desarrollo de los acontecimientos, en la intersección de dos linajes: por un lado el de los bárbaros, del cual no se avergonzaban y cuyas virtudes guerreras conservaban; por otro lado el de los civilizados, de los toltecas, simbolizado por el dios héroe Quetzalcóatl, inventor de las artes y de los conocimientos, protector del saber.”

Estos párrafos, además de indicar la perspectiva del autor, muestran la contradicción con que tropiezan muchos estudiosos recientes de la antigua historia de México. Digo recientes, porque antes, a falta de un conocimiento más profundo de la arqueología mexicana, no era posible siquiera plantear el problema. Este conocimiento está ahora lejos de ser completo, pero ya es lo bastante amplio para que surja esa contradicción entre dos maneras de ver la historia del pueblo azteca.

Hay, por una parte, lo que llamo la concepción “interior”, que, admitiendo la influencia de los otros pueblos *después de la constitución del imperio*, o sea después de conquistados por la triple alianza, cree fundamentalmente en una evolución unilinear, interna, del pueblo azteca, que lo lleva de sus humildes orígenes a la gloria de 1519.

Teniendo en cuenta la carrera fabulosa del pueblo azteca, que va del nómada “chichimeca” hasta el establecimiento en los valles, Culhuacan, el período tecpaneca y por fin el triunfo sobre Azcapotzalco y la supremacía tenochca, muchos investigadores han visto una evolución “unilinear interior” muy clara, un pueblo que va de poco a mucho —la típica marcha ascendente— y desemboca en la decadencia y en el final, en este caso ocurrido antes de tiempo. Nos gusta verlo así, influidos, sin duda, por nuestro concepto occidental de la historia. De este modo, los aztecas resultan ser un caso único, una isla cultural, cara por supuesto a quienes juzgan que la filo-

sofía de la historia muestra una unicidad permanente. Haciendo un paralelo, podríamos decir que el "milagro azteca" se equipara al "milagro griego". Creo que si los estudios apoyados en los textos, en la arqueología, en la lingüística, etc., han demostrado que no hay tal milagro griego, lo mismo sucederá con el milagro azteca.

La segunda concepción, que contradice en parte a la primera, es la que podríamos nombrar el "concepto mesoamericano".

Ahora podemos estudiar a los aztecas teniendo en cuenta dos factores básicos: sus antecedentes en el tiempo y la extensión en el espacio de la cultura mesoamericana.

De las exploraciones arqueológicas se desprende que los aztecas son los herederos de una larga tradición cultural, que se remonta cuando menos a los días gloriosos de Teotihuacan. No son ellos los inventores de un sistema político, ni son seguramente el primer ejemplo en Mesoamérica de una división social tan avanzada. Repito, son herederos, aunque, como herederos inteligentes, adaptadores también de un viejo sistema. No podemos afirmar que esto haya ocurrido con Teotihuacan, aunque todo lo hace suponer, pero sí que ocurrió probablemente con Tula y seguramente con los dos centros que desde el punto de vista político y social afectan a los aztecas de manera más directa: Tezcoco y Azcapotzalco. No podemos desentendernos de lo que he llamado en otra ocasión la "herencia de Tezozómoc" si no queremos falsear enteramente la perspectiva. Hay, además, la evidente influencia de los soberanos acolhuas, especialmente después de la derrota de Azcapotzalco, debida al prestigio de Netzahualcóyotl. Así se explica que adopten sus leyes y que aun los decretos de Netzahualpilli parezcan ponerse en vigor en México. Es una herencia y una colaboración.

Pero esta colaboración está implícita en el concepto mismo de Mesoamérica, que nos permite ver que el "milagro azteca" es lo típico, si podemos llamarlo así. Es decir, que casi todos los rasgos "aztecas" se encuentran ya en otras culturas anteriores o esparcidos por toda el área. Los aztecas no son el

primer pueblo con diferencias sociales, con estado imperial, con gran desarrollo urbano, etc. Son seguramente los más vistosos, los que mejor conocemos, gracias a un simple accidente histórico, pero tienen un sinnúmero de antecedentes. Están perfectamente aculturados dentro de Mesoamérica, de cuya antigua civilización han tomado muchos elementos, aunque tal vez en forma más rápida y dramática. Así, podemos comprobar que los dioses, la organización religiosa, la base económica (agricultura, comercio), la triple alianza (hay cuando menos otros dos ejemplos conocidos), el sistema jerárquico, etc., son similares en otras partes de Mesoamérica. Y esta lista podría aumentarse.

Tenemos que pensar en la imposibilidad de comprender a cualquier grupo indígena de Mesoamérica sin un concepto general de la región, que —lo han demostrado varios estudios— tiene las dos características necesarias para formar una verdadera área cultural: una base común y una historia paralela.

Es indispensable acudir al concepto de herencia cultural en la interpretación de las instituciones mexicas para ver cómo se han venido transmitiendo de pueblo en pueblo, a través de muchos siglos, ciertas formas de organización de todos los aspectos sociales; éstos forman una larga cadena que une a los mexicas con su pasado.

Esa relación entre los pueblos "mesoamericanos", esa adopción de rasgos culturales de otros lugares, la vemos, por ejemplo, en Tezcoco, adonde por 1327 llegan los tlailotlaque, que parecen venir de la Mixteca, y los chimalpaneca, que proceden tal vez de Coixtlahuaca. Unos y otros, por tanto, conocían seguramente la industria del oro y de las joyas finas. Son casos similares al de los amanteca que menciona Soustelle en la p. 94, y por supuesto la arqueología nos presenta una infinidad de otros ejemplos.

Es evidente que Soustelle entiende claramente este punto, como lo prueban algunos de los párrafos que he transcrito; otros, sin embargo, sugieren más bien el concepto que he llamado "interno" de la historia mexicana. Pienso que esta con-

tradicción se debe quizá a que Soustelle se ha documentado sobre todo en fuentes escritas del siglo xvi y tal vez no tanto en los datos arqueológicos y en los modernos estudios etnográficos o antropológicos.

Así, aunque es evidente que el autor aprecia perfectamente la interdependencia de los pueblos mesoamericanos, dudo que el lector pueda hacerlo, pues el libro suele sostener, según parece, el punto de vista contrario. El conocimiento que tiene Soustelle de las fuentes escritas es fabuloso; de allí su interpretación tal vez demasiado "documentalista", en el sentido estricto, que a veces impide una visión más completa del pasado histórico. En otras ocasiones, sin embargo, es perfecta la armonía entre las dos fuentes —la escrita y la arqueológica—, como cuando trata de los vestidos en el capítulo 4 (pp. 162-163).

Un ejemplo del poco uso que hace de la arqueología, aun conociéndola, se encuentra en la p. 43, donde dice que el templo de Tenochtitlán era doble, es decir, que tenía encima dos santuarios, sin referirse a Tenayuca, su evidente antecesor, basándose sólo en representaciones de códices, que son documentos un poco más tardíos. En cambio, en la p. 44 sí dice que los aztecas tomaron dos rasgos típicamente toltecas: los porta-estandartes y el coatepantli.

Otro ejemplo se encuentra en las pp. 165 y 14: basado evidentemente en los códices (mapa Tlotzin, etc.), afirma Soustelle que los pueblos nómadas del Norte y los aztecas originales se vestían con pieles de animales. Sabemos que esto es falso, al menos parcialmente. En la cueva de la Candelaria se han encontrado muchas telas tejidas, y se sabe de cadáveres envueltos en telas de Durango, Sonora, etc. Por otro lado, el algodón era ya un viejo conocido de los mesoamericanos, casi seguramente desde Teotihuacan. En el plano de la leyenda, Sahagún nos habla de los algodones de colores que se producían en Tula.

Las ideas de "jerarquía suntuaria" a que se alude en la p. 167 son probablemente muy antiguas, como parecen atestiguarlo los códices mixtecas y su curiosa distribución, cada vez

más restringida en cuanto al número de personas con derecho a llevar ciertos adornos, conforme se aleja uno de la costa del Golfo.

Dice el autor en la p. 183 que las pipas son "quizá a veces de barro", cuando hemos encontrado infinitas pipas hechas precisamente de ese material. Igualmente, al enumerar los meses del año indígena, coloca a Iscalli en último término, cuando en el sistema azteca parece haber sido el primero; también concede validez a la estatua de oro de Tízoc publicada por Saville, que es falsa.

Me parece enorme la población que atribuye Soustelle a Tenochtitlan: entre 560,000 y 700,000 almas. Es imposible, por supuesto, calcular el número con precisión, pero todos los estudios recientes tienden a considerarlo muy inferior. Si Tenochtitlan, como dice el propio autor, tenía unas 1,000 hectáreas de superficie, no es posible, en las condiciones urbanas que conocemos, suponer una población tan densa. Hay que pensar que, aun siendo las casas pequeñas, había patios y jardines anexos a ellas, según la típica costumbre indígena todavía en uso. Además, salvo algunas casas de importancia, la mayoría eran de un piso. París, hacia 1900, tenía 7,802 hectáreas de superficie y una población de 2.714,000 habitantes. En la misma proporción, Tenochtitlan tendría poco menos de 348,000 habitantes, y esa comparación no me parece exacta, pues es probable que el amontonamiento fuera muy superior en París.

El segundo capítulo, uno de los más importantes, trata de la constitución misma de la sociedad azteca. Es éste un punto muy debatido, que ha pasado por varias fases históricas; tiene una verdadera historiografía, que espero que alguien escriba algún día. Los conquistadores y los misioneros describen lo que ven; quieren explicar la sociedad azteca con las palabras y los conceptos tradicionales de la España de principios del siglo xvi. Sus datos son a veces erróneos y a menudo exagerados; sin embargo, constituyen la base más importante para nuestros estudios actuales. Aun los caciques y las diferentes personas que contestan a los cuestionarios de

Felipe II (notablemente Pomar en la famosa *Relación de Tezcoco*) nos dejan muchos huecos; pero cuánta luz arrojan si se les quiere estudiar científicamente. Ya los autores del xvii son de menos valor, y a partir de Robertson y la Enciclopedia se empieza a entender cada vez peor el problema. El punto culminante del error, o tal vez su más brillante expresión, la encontramos en el siglo xix en el famoso amigo de Morgan: Adolf Bandelier. Este erudito no ve en los aztecas sino unos iroqueses glorificados.

Como Bandelier no es, en mi opinión, un "arqueólogo de hoy", no estoy muy de acuerdo con la primera frase del párrafo que transcribo a continuación, aunque la segunda frase me parece absolutamente exacta (p. 32): "Me inclino a pensar que los viejos españoles comprendieron mejor la realidad que los arqueólogos de hoy. La palabra *clan*, que evoca ciertas reglas de matrimonio y de descendencia, tal vez un *totem*, me parece menos conforme a los hechos conocidos que la palabra *barrio*, que designa una entidad territorial. El *calpulli* era ante todo un territorio. . ."

Ciertos estudiosos más recientes, entre los cuales se destaca Alfonso Caso, han llegado a un concepto totalmente nuevo de la sociedad azteca, basándose tanto en los documentos del siglo xvi como en los descubrimientos de arqueólogos y etnógrafos. Soustelle ha entendido el problema en forma moderna y ha hecho ver la realidad del caso, cuando menos en el momento que precede a la conquista. Nos explica, con su admirable claridad francesa, lo que eran realmente los señores (los *tecuhtli*) y los *pilli*, así como otros grupos que formaban la sociedad indígena. Me parece acertadísima su división de la "clase noble" en simples *pilli* hereditarios, cuyos hijos perderán esa categoría si ellos no aumentan o cuando menos conservan el prestigio familiar, y los señores que, aun cuando casi siempre son *pilli*, no lo son necesariamente, y cuyo rasgo distintivo, mucho más que el nacimiento, consiste en tener cargos que provienen de los servicios prestados al Estado.

Esta idea es también útil para la historia indígena colo-

nial. Tal vez nos explique en gran parte la rápida desaparición de la "nobleza" indígena. En efecto, ya los *pilli* no pueden conservar su situación, ya no pueden prestar servicios ni obtener así los cargos y honores, base de la riqueza, y, sobre todo, no pueden ya tener prestigio. Entonces el hombre seguirá siendo *pilli* a lo largo de su vida, pero ya sin prestigio personal, y sus hijos nada heredarán; caerán inevitablemente en la clase macehual. Ésta es, en general, la triste historia del indio en el curso del siglo xvi.

Presenta muy bien Soustelle la importancia del prestigio, la importancia de no "perder la cara", tan característica en una sociedad en que la guerra es la mejor manera de elevarse rápidamente.

Por supuesto, no debemos exagerar —como no lo hace Soustelle— la posibilidad de ascenso de los macehuales, ya que evidentemente el hijo del macehual tiene menos posibilidades que el hijo del *pilli*. Aparte del prestigio de su padre y de los caminos que éste pueda abrirle, el hijo del *pilli* ha pasado por el Calmécac, vedado a los demás, es decir, ha adquirido una cultura que los demás ignoran, tiene derechos al *pillali*, el conocimiento de la magia y de los dioses, que los demás no tienen, etc.

Este panorama de la sociedad azteca nos muestra otra vez una sociedad "no clasificable" dentro de los cartabones clásicos. No podemos realmente hablar de clases sociales "capitalistas", puesto que la fortuna no es motivo del poder o del prestigio, sino viceversa; tampoco podemos hablar de castas, ya que la clase superior es eternamente renovable y su característica básica no es la herencia. Desde luego, tampoco se trata de la sociedad "democrática" a lo Morgan. Es una sociedad con normas distintas; como nota Soustelle, tiene lejanos parecidos, más bien formales, con la incaica.

Otro aspecto muy interesante, bien desarrollado por Soustelle, es el de la diferencia básica entre sacerdote y guerrero o funcionario, ambos miembros de la misma "clase": "Lo que impresiona cuando se estudia el modo de existencia de esta clase dirigente es que uno de sus elementos esenciales, el sacer-

docio, vive en la austeridad, en la pobreza, y que los otros, guerreros o funcionarios administrativos, sólo obtienen la riqueza —tierras, casas, esclavos, vestidos, alimentos, joyas, etc.— como consecuencia de sus grados y de sus puestos. La riqueza no se busca por ella misma; va acompañada de cierto grado de poder y de ciertas obligaciones de representación. No es sino un usufructo. Lo único que cuenta a los ojos del *tecuhitli* es el prestigio” (p. 85).

El pequeño cuadro que damos a continuación resume la división que hace Soustelle de la sociedad azteca:

<i>“Clases”</i>	<i>Grupos</i>	<i>Ocupación</i>
dirigente	tecuhitli	guerra
	pilli	gobierno religión
negociante	pochteca	comercio
artesana	amanteca, etc., etc.	industria
plebe	macehual o tlamaitl	agricultura
esclava		ocupaciones varias, que incluyen toda labor manual incluyendo el comercio

Hay en este capítulo muchos puntos de detalle que merecen un examen más detenido, pero ello desgraciadamente alargaría en exceso esta reseña. Sólo menciono algunos, señalándolos con la mayor brevedad posible.

Al tratar de los tlamaitl o mayequés, me parece que no queda clara en el texto (p. 99) su necesidad como mano de obra en las tierras señoriales o del Estado (iglesia, palacio, etc.). Es claro que en muchos casos los mismos pueblos conquistados trabajarían esa tierra que era suya antes de la invasión tenochca, pero en otros parece que eran, como su nombre lo indica, “mano de la tierra”. Este punto se relaciona con el tratado en las pp. 106-108 del libro: la propiedad privada de la tierra. En efecto, no puede hablarse de una propiedad en el sentido pleno, romano, de la palabra, pero, como lo dice el mismo Soustelle más adelante, el *pillali* es

prácticamente una propiedad privada, aunque limitada en varias formas: el poder del rey, el hecho de que el propietario tuviera que ser un *pilli*, etc. No creo que, en lo tocante al *pillali*, sea absolutamente exacta la frase (p. 106) “no había propiedad privada de la tierra, sino una propiedad colectiva con derecho al uso individual”. Esto es exacto para el *calpulli*.

Aunque se dice varias veces (pp. 109, 115, 214) que el *tlacatecuhtli* debía tener por su madre sangre “tolteca”, no queda muy claro por qué. Sabemos que Izcóatl es la única excepción. Esto debe haber influido en la elección del soberano y es un motivo para que el puesto se conservara siempre en la misma familia, aunque evidentemente no el motivo principal. Por cierto, no considera Soustelle, al tratar de los electores del futuro rey, la afirmación de Durán, quien dice que en la elección intervenían los dos reyes aliados. Por todas las fuentes parece que el “cuerpo electoral” era bastante variable y tendía a restringirse cada vez más, como lo dice muy bien el autor.

En cambio, en Tezcoco parece tradicional la “presentación” del heredero a sus futuros súbditos en vida de su padre, ya que, aparte del ejemplo de Netzahualpilli, sabemos de la famosa ceremonia en que Ixtlilxóchitl hace jurar a su hijo Netzahualcóyotl.

Las pp. 143-147 tratan de la religión “imperial” de los mexicanos. Creo necesario distinguir dos tipos de dioses: 1) los dioses mesoamericanos, es decir, comunes —aunque con nombres distintos— a todos los pueblos. Son generalmente muy antiguos (tal vez siempre), y las diferencias de representación son causadas por la diversidad de los estilos locales, pero los dioses son los mismos: Tláloc, Quetzalcóatl, Xiuhtecuhtli, Huehuetéotl, etc.; 2) los dioses tribales o locales, es decir, peculiares de una tribu o un grupo de tribus, y que parecen ser advocaciones más o menos lejanas de los otros. El ejemplo más conocido es Huitzilopochtli, que es en realidad un Tezcatlipoca. En este caso, el hecho de que su grupo haya llegado al imperio le dio gran importancia, cosa que no aconteció

con un sinnúmero de dioses, que siguieron siendo provincianos. Estos dioses provincianos deben de haber sido los que los aztecas llevaron prisioneros de varias regiones, o bien dioses generales de los cuales se llevaban la *estatua* particular y nada más. En este caso, el dios no podía acrecentar el panteón azteca, sólo añadir una representación más, aunque tal vez hecha en un "estilo" distinto. Me parece por todo ello que en realidad los aztecas no aumentaban continuamente su panteón, o cuando menos que no había propiamente (p. 143) "divinidades *extranjeras*". Es como decir, por ejemplo, que la Virgen de los Remedios es extranjera a Francia; lo es como advocación, pero es la misma Virgen María común a todo el catolicismo. El inmenso panteón de los dioses locales parece ser del mismo orden. Por supuesto, no podemos asegurar que esto sea exacto en todos los casos, pero sí que lo es en aquellos que conocemos bastante. Así es que la idea de una "religión imperial" es evidentemente correcta, pero hay que modificarla en el sentido de que esa religión imperial no es exclusiva del azteca, aunque tal vez éste la haya llevado más lejos que sus predecesores.

Ese deseo de "síntesis religiosa" (p. 145), como lo hace notar Soustelle, se advierte en todas partes: Tezcoco (piénsese en Netzahualcóyotl), Cholula, Teotitlan y probablemente la zona maya. Desde luego, la similitud del sentido cósmico del *Popol Vuh* con el de los anales aztecas es notable.

El capítulo final ("La vida civilizada") trata de temas muy interesantes, algunos admirablemente desarrollados, como el del concepto de civilización y barbarie entre los mexicanos o el de ciertas de sus cualidades morales: entereza, buenos modales, orden, etc. El autor declara que no va a ocuparse de las artes plásticas, cosa que lamento, pues seguramente hubiera tenido ideas instructivas. Siento también que no haya dicho nada sobre el concepto de la historia entre los aztecas, ni mencionado, al estudiar los libros, qué temas contienen, para dar al lector un conocimiento más cabal de la "ciencia indígena".

Hacen falta también más ilustraciones, por ejemplo, un

plano de Tenochtitlan, para mejor inteligencia de la espléndida descripción de las pp. 34 a 38.

Para terminar sólo añadiré que a mi ver el maravilloso libro de Soustelle va a ser uno de los mejores vehículos para difundir el conocimiento del antiguo mundo mexicano, y que esta magnífica producción, unida al nombre prestigioso de su autor, aumentará en mucho el número de los conocedores de este tema, cosa de la cual me alegro infinitamente.